

fatiga, con un envejecido *calabozo* pendiente de la nervuda mano, crispada por el ansia de trabajar... y veros ahora enfilados como bestias, marchando maquinalmente bajo el peso del rifle, repletos los rostros de palidez, de cansancio las espaldas, inclinados, oyendo ya no el armonioso y acariciante murmullo campestre, sino el tosco bullicio de la urbe, y á ratos, cual chasquidos de un látigo, las groseras voces de mando...

Pobres vosotros, campesinos humildes, á quienes se pone una arma en las manos y se inculca la artera noción del exterminio en el alma. Pobres vosotros, que acaso sentís ya también, como los amos que os humillan brutalmente, las caricias insinuantes y los lascivos lisonjeos de la perversa ambición dominadora que tantas veces os ha hecho inclinar la espalda ante la amenaza de la hoja de acero, del cintarazo vil, del hosco cintarazo infame que pone en fuga, á fuerza de morder vuestras carnes cansadas, las nobles rebeldías que á ratos os disponen á recobrar valerosamente los derechos perdidos. Perdidos tal vez para siempre.

El sol de vuestros campos que allá os acariciaba sonriente, con celestial sonrisa, aquí os quema sin piedad; el agua del bullidor manantial que allá vigorizara vuestros cuerpos, os enferma aquí. La apacible dulcedumbre del hogar, blanda como el césped joven, que era el encanto vuestro, trócase aquí en áspera voz que ordena, en irritado gesto que intimida. Y así todo... Y así todo lo que era bueno... Cuanto vosotros quisistéis... Todo eso se extingue cuando dáis el primer paso hacia dentro del sucio portalón del cuartel,—lóbrego portalón que debe de pareceros cuando su imagen hiere por primera vez vuestras retinas asombradas, el frontispicio de una tumba inmensa, colosal. Que en verdad es el cuartel la tumba de todo lo que en vosotros era verdadera virtud y lozanía de espíritu!

Cómo os parecerá nostálgico el canto periódico del clarín que toca diana,

á vosotros los que sorprendisteis al orgulloso gallo de vuestros lares apretarse para saludar el florecer augusto de la aurora, soberanamente? Recordáis? Recordáis que el gallo os llamaba todos los días á animar la quietud de la labranza en reposo con la fiesta fecundamente hermosa de los esforzados afanes vuestros? Ah!, sí: sí sabéis que el agudo sonido del dorado metal no es el mismo que alegraba entonces vuestros oídos. El clarín no es amigo vuestro, no es vuestro hermano; su voz ha perdido encanto y dulzura en la fatídica hermandad del rifle, de la deslumbrante bayoneta, de la filosa espada, de la vara traidora del cabo, del rugidor cañón. El no sabe las que el inquieto gallo: canciones de paz, psalmos de salud y alegría. Sus endurecidos labios sólo pronuncian malditas voces de guerra, de sangre, de muerte, de horror... y de irremediable obediencia. De obediencia ciega.

Con algo que mucho se parece al clarín se llama y enfila, se endilga al ganado. Y el rebaño, acallando sus enojos, marcha, marcha sumisamente hacia donde lo quieren las vibraciones que atraviesan el aire. He ahí el destino fatal de todos los rebaños: oír la orden, y adelante, más adelante, hasta dejar atrás, muy lejos, perdida, olvidada, la ensoñada vida de la verdad.

Oh! soldados campesinos! No hay que llorar por la pureza ya macilenta de vuestras conciencias; no hay que llorar por la desolación de vuestros hogares entristecidos; no hay que llorar por el quietismo de vuestras tierras adormiladas en la espera de vuestros brazos...

Con el clarín se anuncia la salida de las bestias á la plaza en las bárbaras lidias de toros: la aparición de la bestia en vuestras almas se anuncia también con el clarín. El la aclama regocijado. Cuando ya no querráis oír más las palabras de ese tétrico agorero, abrid los oídos del alma á los cantos de protesta que en sus hondones brotan y á las voces de solidaridad que allí se elevan. Brotan y se elevan, desbordantes de porvenir, como una hermosa promesa